

La historia de este do-  
ceavo festival realizado  
entre el jueves 4 y el domi-  
ngo 7 podría comenzar así:  
Un calor intenso, nunca  
antes registrado, azotaba  
los campos de Lapataia al  
mediodía, mientras el ele-  
gante Bill Charlap, ahora  
con chancelitas, realizaba  
la prueba de sonido junto a  
las eminencias Peter Wash-  
ington en contrabajo y  
Lewis Nash en batería. Re-  
né Rosnes lo observaba,  
o lo vigilaba, o lo cuidaba,  
o lo idolatraba desde el cen-  
tro casi exacto de una pla-  
tea desierta donde los ray-  
os del sol levantaban humo  
del respaldo de la pianista  
canadiense. Y esa noche,  
Charlap dió un maravilloso  
concierto, recordando a  
Gershwin y Cole Porter. Y  
dijo que el año que viene, si  
lo invitan y le consiguen otro  
piano, dará un recital a dúo  
con René, su mujer.

La historia también po-  
dría empezar con Jimmy  
Greene tomándose la mo-  
lestia de enseñar, junto a  
un coche estacionado y en  
un casi perfecto español  
("Mis esposas se juegan la  
vieja"), ejercicios de respira-  
ción a tres jóvenes saxo-  
fonistas del Conservatorio  
de Maldonado. "Concéntrate  
en el sonido y trata de  
mover lo menos posible los  
dedos. Charlie Parker, que  
tocaba muy rápido, apenas  
los movía", dice Greene y  
los chicos escuchan exta-  
siados. "Veamos, toquen  
algo", continúa el gigante  
saxofonista. Y los chicos,  
más que nerviosos, apenas  
pueden hilvanar unas no-  
tas de "Summer Time".  
Greene sigue dando con-  
sejos e indicaciones, y  
cuando se retira, los jóve-  
nes se relajan y tocan el  
tema completo. El jueves a  
la noche, Greene y su cuar-  
teto dieron una actuación  
de buen gusto y dejaron rever-  
berando en el aire caliente  
y en la memoria del público  
el tema "NMG", donde las  
variaciones del baterista  
Eric Harland fueron inaga-  
rables.

Un buen comienzo para  
la historia sería la excita-  
ción de Popo Romano al  
trabrar una amistad "com-  
pinche" con el contrabajista  
israelí Avishai Cohen. Popo  
estaba feliz. Y no sería de  
extrañar que Cohen, escu-  
chando tocar al bajista uru-  
guayo, hubiera dicho en ri-  
guroso hebreo: "¡A la mier-  
da...!".

Otro buen comienzo es la  
simpatía de Lewis Nash,  
que cada vez que arriba al  
tambor "El Sosiego" recon-  
ce a cada uno de los traba-  
jadores (mozos, porteros,  
vendedores de entradas,  
sonistas, etc.) y los saluda  
efusivamente.

Un mal comienzo sería  
indagar en el fondo del saco  
de aquellas, cómo decirlo,  
personas que se creen tan  
importantes que no entien-  
den por qué razón deben  
pagar una entrada para  
asistir al concierto. Tienen  
dos variantes para intentar  
el garrón: "¿Acaso no me  
reconoce?" y "¿Soy pariente  
de Perengano de Tal?". La  
pelean hasta el final para  
entrar gratis, y siempre tie-  
nen mucho, mucho dinero.

Llega el pianista Dave  
Kikoski, un tipo eléctrico y

## Jazz de altísimo nivel en Lapataia 2007

divertidísimo. "Estaba con  
una muchacha pero ahora  
no la encuentro, no importa,  
si acaso tú me presentas  
otra", dice rápidamente  
con voz cascada, en métri-  
ca bopera. "Es flor de per-  
sonaje", aclara el chéfer que  
lo ha traído hasta el tambor:  
"Durante el viaje no paraba  
de hablar y señalar cosas, y  
quería que nos detuviéramos

de Economía y fanático del  
jazz. Danilo Astori, y el  
embajador de Estados  
Unidos, Frank Baxter, dis-  
frutaban con la magia de  
Bill Charlap. El tambor tie-  
ne una deuda con el BPS  
desde el 2002, año de la  
debaque.  
Historia de la sensibilidad  
fue la versión de "Nature  
Boy", que ejecutaron la can-  
tante chilena Claudia Aca-  
ña y Avishai Cohen, mejor

de la de Abbey Lincoln.  
Para poner la piel de galli-  
na, realmente.  
Un simpático leit motiv del  
festival lo aportó un mozo  
del restaurante, que nunca  
se salía de su tono barito-  
no: "Las opciones del día  
son: pasta y parrilla".  
Historia imprevista fue el  
apagón que sorprendió a  
Coltrane, Colley y Cruz.  
Fueron unos breves segun-  
dos, pero cuando volvió la

luz, Co & Co & Cru reanudaron  
en el mismo lugar donde  
habían dejado y con la mis-  
ma intensidad. Fue como  
ver a tres tipos subirse del  
modo más elegante a una  
locomotora que viajaba a  
140 kilómetros por hora.

¿Qué más se puede de-  
cir de este festival? Deje-  
mos que hable Kikoski:  
"Thank You, señor". ¿Será  
posible el decimotercero?  
Hay quien dice que sí, y es  
capaz de adelantar algu-  
nos nombres: Mulgrew Mil-  
ler, Geri Allen con Ron  
Carter y Bruce Barth con  
Steve Wilson. "¿Caramba!".  
Eduardo Alvariza

# Thank You, señor, ¡caramba!



Dave Kikoski

mos en todo momento, para  
ver una nube baja, una vaca  
pastando, un pajarrco, lo que  
fuera". Kikoski había apre-  
ndido un par de latiguillos en  
español y los repetía giran-  
do el cuello como un peris-  
copio a quien se le cruzara  
en su camino: "Thank You,  
señor" y "¿Caramba!". Es  
unánime: el concierto que  
dio su trío con Jeff "Tain"  
Watts y Eric Revis figura  
entre lo mejor en mucho  
tiempo. Tocó una hora y  
media como es él, beatnik y  
enérgico, y el auditorio se  
vino abajo. Una vez finali-  
zada la actuación siguió  
tocando hasta bien entrada  
la madrugada en el rancho  
de los músicos, en un piano  
desvencijado. "Adoro estos  
pianos, parece que estu-  
vieran en una vieja peli-  
cula", dijo con su tono veloz  
y cascado, mientras un en-  
cargado de la organización  
le sugería con el dedo índice  
sobre la llave de la luz  
que era tiempo de irse.

"En el momento de des-  
pedirnos, Kikoski no para-  
ba de darme besos", confesó  
Francisco Yobino, el di-  
rector del festival. "Y no  
paraba en serio", agregó.

Los originales "Water" y  
"Betrayal" y la bossa "Muito  
a Vontade", ejecutados con  
toda la entrega posible por  
el pianista, siguen sonando  
ahora, a días de finalizado  
el concierto, en la oscuri-  
dad de los pastos y los eu-  
caliptos, entre los grillos y  
las ranas. Sólo hay que ir  
con los detectores adecua-

padre?", pregunta alguien  
a Ravi después del con-  
cierto. "Nooo", responde  
saxofonista. El saxo de  
John es como la espada de  
Arturo: no la puede tocar  
nadie.

Historias mínimas son,  
por ejemplo, la risa del saxo-  
fonista Walt Weiskopf  
contenida con dificultad ante  
un chiste susurrado al oído  
por el trompetista Eddie  
Henderson, mientras René  
Rosnes ya había comenza-  
do un tema; Weiskopf ha-  
bía bebido un trago de agua  
y tuvo que esforzarse para  
no escupirlo. O la de Mar-  
cos, el afinador de pianos,  
un sujeto rigurosamente  
calvo que habla de las bon-  
dades del Yamaha del fes-  
tival, a estas alturas un per-  
sonaje que tiene sus pro-  
pias historias para contar.  
O la del fan bonaerense  
Fernando, de 25 años, que  
siempre llega a Lapataia  
con una carpita, un sobre de  
dormir, un iPod con montañ-  
ñas de horas de música  
(Miles, Hermeto, Corea,  
Brecker, etc.) y una motoci-  
cleta que por regla general  
termina destruida de tanto  
darle y darle. Fernando cum-  
plió el sueño del pibe en la  
madrugada del 6 de enero:  
se fumó un porro con su pia-  
nista y baterista preferido.

Historia oficial fue la de  
los diez inspectores del  
Banco de Previsión Social  
que escrutaron todas las  
carpetas y rincones del es-  
tablishment en el preciso  
momento en que el ministro